



Lo que el mar nos enseñó



Juan V. Martín Devesa
Historiador

Cuando no existía el puerto, las barcas de pesca dormían sobre las playas de Altea. Para sacarlas del mar y vararlas sobre las piedras, se arrastraban sobre unos troncos denominados "parats", que se disponían como si fuesen las traviesas

del ferrocarril, pero usando normalmente troncos y ramas de higuera. A diferencia de las otras, la madera de higuera no se hincha con la humedad, lo que le aporta mayor

durabilidad. Las ramas que descargaban en nuestras playas de tanto en tanto brotaban y enraizaban lo que, según los antiguos marineros, es el origen de la higuera que orgullosa crece todavía en el paseo de Colón, junto al puerto de Benidorm.

Los "parats" eran embadurnados con grasa regularmente para que la quilla de las embarcaciones resbalase fácilmente hasta amarrarlas en tierra, trabajo del que se encargaban los hijos de los marineros. Por esto cuando un niño se ponía pesado se le enviaba a "enseuar els parats".

Durante siglos muchas de estas expresiones marineras arraigaron en el uso corriente de los pueblos de la Marina. Decimos "amarrar" a atar los cordones de los zapatos; usamos "arribar" para indicar que llegamos a un lugar, y cuando le pedimos a alguien que se acerque, le decimos



Puerto pesquero de Altea . Años 50.

que se "atraque". Lógicamente los marineros usan más expresiones como estas y por ejemplo llaman "popa" a la parte trasera de los coches, le dicen "bichas" a las serpientes o incluso utilizan los nombres de los peces para referirse a personas. Así, se puede tener ojos de "brótola", "boca de rape", "ser un mujol o una salpa". Hubo un tiempo en el que incluso sus casas eran distintas. Usaban trozos de redes como cortinas, por las paredes colgaban estrellas de mar, caracolas o pequeñas boyas de cristal. Sobre alguna repisa o estantería siempre había un barco en miniatura, réplica de alguna embarcación en la que habían faenado, un cuadro de nudos o el objeto más misterioso, los cadufos, unos tarros cerámicos con un agujero en el lateral. Se usaban para

**La cultura marinera
nos es cada vez más
extraña**

pescar pulpos, aprovechando que estos animales son muy curiosos y cuando encuentran uno de estos recipientes en el fondo marino, se meten dentro. Las barcas de pesca recogían las ristras de cadufos que estaban atados por el agujero lateral, y los subían a cubierta con una gran rueda que recordaba a una noria, de donde viene su nombre. Caduf es un arabismo con el que se denominaba a cada uno de los cazos o cangilones de las norias de sacar agua. La otra gran diferencia de las casas de marineros es que siempre tenían exquisitos salazones, como el bonito o el pulpo.

Con el tiempo aquellos objetos que decoraban las casas de los marineros terminaron en rastros y tiendas de antigüedades, las expresiones y palabras de la mar han ido

cayendo en el olvido, y conseguir aquellos salazones únicos es casi como hacer contrabando. La cultura marinera nos es cada vez más extraña.

El camino por el que estamos olvidando el mar empezó hacia los años sesenta, cuando el número de barcas de pesca, de bous, empezó a disminuir y los alteanos poco a poco fueron dejando de salir a faenar. Sin embargo nuestra historia está marcada por el mar. Somos, en buena medida, lo que el mar nos ha dejado ser. La misma situación del pueblo de Altea se debe a la necesidad de protección por su necesaria cercanía al mar y junto a la desembocadura del río Algar.

Desde mediados del siglo XVI, los consejeros de Felipe II recomendaron al Rey Prudente que debía promover la construcción de una villa fortificada que sirviera de puerto al Valle de Algar-Guadalest. Toda la producción agrícola de almendras, higos secos y sobre todo pasas de Moscatel, las más famosas de todo el Mediterráneo, podría salir más fácilmente hacia los puertos del Atlántico. Sin embargo hubo que esperar hasta 1617 para que se fundara la Vila Nova d'Altea, la que hoy conocemos simplemente como Altea. La nueva villa prosperó y además de llauts andaluces, catalanes, mallorquines y vascos, a nuestro puerto arribaban naves inglesas, francesas o italianas, cuyos

El camino por el que estamos olvidando el mar empezó hacia los años sesenta

tripulantes también se quedaron a vivir. Es más, el escudo de Altea también llegó por mar. En 1705 recaló en la Bahía de Altea la gran flota de más de 100 barcos que llevaba las tropas inglesas, holandesas y alemanas a Barcelona en plena Guerra de Sucesión Española. Al frente de esta flota viajaba el Archiduque Carlos de Austria, coronado como Carlos V de España y posteriormente el VI emperador de Alemania. En agradecimiento al apoyo de Altea en esta guerra, otorgó a la villa el privilegio de portar el símbolo imperial de los Habsburgo, el águila bicéfala.

Desde aquella época tuvo Altea carpinteros de ribera en sus playas, donde llegaron a fabricarse grandes veleros, como el Pura Beneyto, una industria que se mantuvo con Astilleros Orozco hasta el último tercio del siglo XX. Pero también a mediados del siglo XIX tenía Altea aduana de mar y consulados de diversas naciones extranjeras, para gestionar las transacciones comerciales de la gran variedad de productos que embarcaban en nuestras playas. Muchos marineros naturales de Altea recorrían el mundo entero como capitanes, contramaestres o pilotos en buques comerciales y militares. La lista es larga y sus descendientes guardan como auténticos tesoros sus cuadernos de bitácora, cartas náuticas o sextantes.

Paseo de Altea. 1925

Paseo, año 1961.





No es difícil de imaginar que todos estos navegantes habían tenido su escuela en nuestra bahía, bajo la protección de las diferentes agrupaciones de marineros, conocidas como el "gremi", la sociedad la Marítima o la cofradía. Sus

antiguas costumbres de gestión, que tienen más de dos siglos, regulaban todos los trabajos del mar: el reparto de los beneficios de la pesca entre marineros, armadores y patrones, el fondo común que debía aportarse para mantenimiento y accidentes, la organización de las labores de carga y descarga de embarcaciones fueron mantenidas hasta el siglo XX, por tradición y fiabilidad.

Otra de las tradiciones marineras más peculiares es el sistema secreto de posicionamiento conocido como "enfilacions". A través de diferentes accidentes geográficos, denominados señas, que pueden ser montañas, colinas, peñas o acantilados, pero también construcciones como el campanario de la Iglesia del Consuelo o de la casa del Canonge podían establecer su posición exacta en medio del mar realizando una simple triangulación. La combinación de puntos o "enfilació" la guardaba en secreto cada patrón. Así podían regresar al punto exacto donde habían descubierto un pequeño caladero o evitar peligrosos accidentes del relieve submarino. Muchos puntos del paisaje del fondo de la bahía tienen nombres tan sugerentes como el Patíbulo.

Pero el mayor secreto de nuestra bahía lo encontramos en la gastronomía, construida con la gran variedad de productos que el mar nos enseñó. Recetas como el cruet, el puchero de carabiners, los diferentes salazones o saberes ancestrales. Sólo recordaré que durante "les minves de gener", la luna menguante de enero, el marisco está en su mejor sazón, en particular los erizos de mar, un auténtico manjar.

Todas estas recetas, técnicas de navegación, historia, expresiones, personas y palabras forman parte de nuestra cultura náutica, de nuestro rico patrimonio común, que poco a poco vamos olvidando. Cuando escuchamos expresiones como "enseuar els parats" nos llega el rumor de siglos de historia que puede que en unos años nadie entienda. Y esta debe ser la función de un centro de cultura náutica: facilitar y hacer más accesible el mar a todo el mundo, recopilar y proteger este patrimonio para difundirlo. La pregunta que me surge es cómo no se ha hecho antes.

